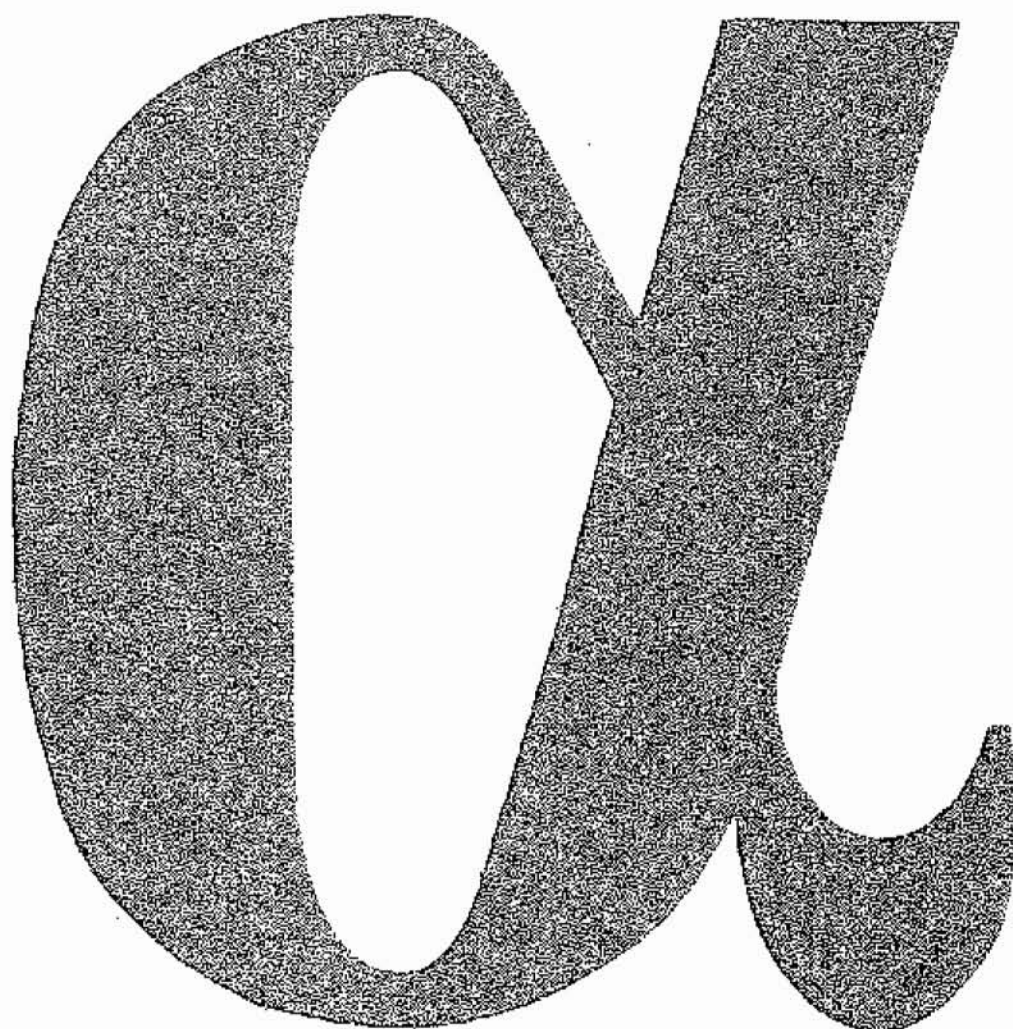


**ACTUALIZACION CIENTIFICA
EN DIALECTOLOGIA GRIEGA**

EDITADO POR FRANCISCO R. ADRADOS



INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA EDUCACION
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

1984

I.C.E.U.M.

CONSEJO EDITORIAL DEL I. C. E. U. M.

Alfonso Martínez Díez (Director).
Enrique Wulff Alonso (Director Adjunto).
Pilar Barbeito Díez (Innovación y Métodos Educativos).
Paloma Rueda García (Formación del Profesorado).
Belén Ripollés Arenas (Orientación).
Antonio Feliz Cotado (Información y Documentación).
María Pilar Benito Coduras (Investigación).
Francisca Federico González (Administración).
Pilar Sanz Herranz (Servicio de composición).

Este documento ha sido redactado por encargo expreso del I. C. E. U. M. y expuesto públicamente en la Semana de Actualización Científica en Filología Griega celebrada en Madrid del 26 al 30 de septiembre de 1983.

© Editorial de la Universidad Complutense
ISBN: 84-7491-119-2
Depósito legal: M. 18.038-1984
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Lavel, Los Llanos, nave 6, Humanes (Madrid)
Printed in Spain

La dialectología griega

Francisco R. Adrados

La lengua griega tiene algunas características que la colocan en un lugar aparte. Así, por ejemplo, que es, junto con el chino, una de las dos lenguas que continúan vivas y que podemos conocer desde hace más largo tiempo: desde 3.200 ó 3.400 años, según la fecha que asignemos a los más antiguos documentos micénicos. O bien, que ha sido en el griego donde ha culminado el proceso del Indoeuropeo para constituir una Morfología y una Sintaxis complejas y ha sido el griego, precisamente, la lengua que como lengua literaria y científica se ha impuesto como modelo, directa o indirectamente, a casi todas las lenguas del mundo. Pero aquí no voy a hablar de estos rasgos y sí de otro que es, quizá, tan notable como los anteriores: el griego antiguo se nos ha transmitido en una gran variedad de formas diferenciadas y lo mismo el medieval y el moderno.

Con formas diferenciadas me refiero a dialectos en el sentido más amplio de la palabra, que luego he de reducir para quedarme con el sentido tradicional del término dialecto, el referido a una variante geográfica. Hay que recordar que ninguna lengua es unitaria. Ni siquiera el idiolecto propio de una determinada persona: aparte de que cambia con la edad, varía de circunstancia en circunstancia, según los temas, las situaciones, los oyentes. Menos lo es un dialecto, esto es, un conjunto de idiolectos más o menos próximos. Para no hablar de la evolución histórica de los dialectos, limitándome a su consideración sincrónica, un dialecto presenta una serie de variantes entre las que eligen los hablantes según las circunstancias.

Pero no es esta la cuestión central, aunque es una idea que voy a retomar más adelante. Esas formas diferenciadas de una lengua que, para entendernos, llamamos dialectos, pueden tener, simplificando, una definición geográfica (dialectos propiamente dichos), social (niveles de lengua) y literaria (hablamos, entonces, de dialectos literarios y de «estilos»). Naturalmente, estos diversos tipos de dialectos se interfieren y ello ocurre muy notablemente en griego. Los dialectos literarios y los estilos están en una determinada conexión con los dialectos geográficos, que a veces son su punto de partida; si bien tienen una serie de elementos propios y una dinámica propia, aparte de que en ocasiones no es nada fácil establecer la conexión entre él o los dialectos geográficos y los literarios. Es un tema, por lo demás, abundantemente estudiado; y de uno de

estos dialectos literarios, el homérico, he de hablar más adelante. En cuanto a los niveles de lengua, es un tema todavía poco estudiado en griego, en parte por escasez de materiales; están en dependencia, naturalmente, de los dialectos geográficos. Al interesado sobre este tema le remito a dos artículos recientes, uno de Juan José Moralejo¹ y otro mío².

El hecho es que el griego —y ahora, como en el resto de este trabajo, me limito al antiguo— presenta una serie de variedades, que sólo en una cierta medida se clasifican con ayuda de los criterios mencionados. Hay muchos griegos, no un solo griego. Y eso que existe lo que se ha llamado la línea central del griego o «mainstream Greek», la que va del jónico a la koiné a través del ático. Y que todas las variantes del griego derivan de un griego común o inicial que, pese a las diferencias internas que puedan atribuirsele, es sustancialmente unitario.

Precisamente éste es el tema que querría abordar en el curso de esta exposición centrada en los dialectos geográficos, aunque como ayuda en la investigación, pero también por el interés propio del tema, haya de completarla, como ya anuncié, con la atención a la lengua homérica o épica en general, para mejor decir (y a un dialecto, el micénico, que es en realidad una lengua común burocrática del origen geográfico que sea). Mi tema es el siguiente: cómo hemos de imaginarnos ese griego común de que he hablado; y cómo hemos de imaginarnos su diferenciación progresiva en una serie de dialectos que luego, paradójicamente, fueron poco a poco confluyendo hasta crear una nueva lengua común, la llamada antonomásicamente *κοινή διάλεκτος* o *koiné*. Lengua que, por otra parte, vivió en diferentes niveles y luego dio origen, en época medieval y moderna, tanto a niveles de lengua diferentes como a dialectos geográficos diferentes.

Parece conveniente, para empezar, dar una idea de ese griego común inicial o germinal: de sus rasgos comunes, quiero decir, pues de su localización geográfica y sus posibles diferencias internas me ocuparé más adelante.

Eliminando simples arcaismos indoeuropeos o del grupo indoeuropeo de que viene el griego; eliminando innovaciones comunes al griego y a otras lenguas, a las que aludiré; eliminando, finalmente, elecciones o innovaciones que son ya de fecha dialectal aunque se hayan transmitido de unos dialectos a otros (desarrollo del artículo, vocalización de las sonantes, pérdida de las labiovelares, etc.), podrían señalarse como las innovaciones más notables del griego las siguientes:

1. *Fonética*: Ensordecimiento de las oclusivas sonoras aspiradas; pérdida de la *s* y *i* iniciales e intervocálicas; evolución de los grupos de oclusiva y *i*; aplicación de las leyes de Osthoff y Grassman; vocalización en *ā*, *ē*, *ō* de las tres laringales; disimilación entre la vocal *u* y el apéndice de las labiovelares.

¹ «Dialectos y niveles de lengua en griego antiguo», *RSEL* 7, 1977, págs. 57-85.

² «Sociolingüística y griego antiguo», *RSEL* 11, 1981, págs. 311-329.

2. *Morfología*: Caracterización con -s del Nom. sg. masc. de los temas en -ā; Nom. pl. en -i de los nombres en -e/o y en -ā; Gen. pl. en -sōm de estos mismos temas en -ā; Dat. pl. en -si (y no -su) de los nombres atemáticos; convergencia de los sufijos -tero- y -ios en el comparativo y creación de -tato- en el superlativo; desarrollo y uso frecuente de los temas en -ēu y reducción de los en -ē y -ō; desarrollo de un formante -sa- en el aoristo, integración de -ē- y -ihē- en el aoristo pasivo, desarrollo del perfecto con -k-; -sth- en desinencias medias; pérdida total de la -r en las desinencias verbales; asignación de un infinitivo y un participio a cada tema y voz; conjugación «regular» de los verbos contractos; futuro con -se/o-; flexión completa de los pronombres personales de plural de 1.^a y 2.^a sobre **ns-sme* y **us-sme*, respectivamente; creación de la oposición pronominal ὅδε / οὗτος / ἐκεῖνος.

Me limito a estos rasgos, que podrían ampliarse aunque a riesgo de entrar en terrenos debatidos, como, por ejemplo, si la declinación del griego ha reducido los casos heredados o no. Por otra parte, conviene notar que algunos no son absolutamente generales: el eolio carece de la flexión contracta, hay dialectos y formas dispersas del tipo -ēs, no -ēus. Son, de todas maneras, suficientemente impresionantes. Sea cualquiera el hábitat geográfico en que se han impuesto sobre todo el griego, tengan origen en uno u otro sector de esta lengua, hayan convivido o no (y es de creer que sí) con formas varias de carácter dialectal y de origen antiguo o reciente, es claro que son un punto de partida para todo el griego posterior. El «griego común» de las reconstrucciones tradicionales, por más que pueda haber tenido siempre diferencias internas, era común, al menos en cuanto a los grandes rasgos de su estructura fonológica y morfológica.

Ese griego común, de otra parte, era el resultado de una evolución sufrida por el indoeuropeo a lo largo de milenios. Sobre este punto quiero referirme, aparte de a libros míos ya antiguos³, a una serie de artículos recientes y a otros en prensa⁴.

No puedo aquí, naturalmente, exponer extensamente las ideas desarrolladas en los trabajos aludidos sobre el encuadramiento del griego común dentro del más amplio marco del indoeuropeo. Pero puesto que los dialectos griegos de que voy a ocuparme constituyen una fragmentación del griego —cuya unidad se reconstruyó luego secundariamente, como queda dicho, para volver a quebrarse más tarde— y el griego a su vez constituye una fragmentación del indoeuropeo, no está demás, me parece, que yo dé aquí alguna breve indicación

³ Principalmente a mi *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, 2.^a ed., Madrid, 1974, y a mi *Lingüística indoeuropea*, Madrid, 1975.

⁴ Entre otros: «Arqueología y diferenciación del indoeuropeo», *Emerita* 47, 1979, págs. 261-282 (trad. alemana *Die räumliche und zeitliche Differenzierung des Indogermanischen im Lichte der Vor- und Frühgeschichte*, Innsbruck, 1982); «The archaic structure of Hittite: the Crux of the Problem», *JIES* 10, 1982, págs. 1-35; «Ideas on the Typology of Proto-Indoeuropean» (en prensa); «Der Ursprung der grammatischen Kategorien des Indogermanischen» (en prensa); «La flexion nominale du Grec et de l'Indoeuropéen III à la lumière de l'Anatolien» (en prensa).

sobre cuál sería, para mí, la situación del griego dentro de la familia indoeuropea, de la que deriva.

Muy esquemáticamente, el griego pertenecería al que he llamado indoeuropeo III o politemático, que creó oposiciones, dentro de una misma palabra, por oposición de temas: masc. y fem. y grados de comparación en el adjetivo, temas aspectuales, modales y otros en el verbo. Este tipo de indoeuropeo sería la continuación de uno anterior, el II, conservado sobre todo por el Anatolio, al que he calificado de monotemático (las oposiciones son dentro de un mismo tema, con ayuda sobre todo de desinencias); y éste, a su vez, derivaría del I, el indoeuropeo preflexional.

Se trata de sucesivas oleadas, sólo en virtud de un esquematismo clasificadas en tres, que trajeron los pueblos y lenguas indoeuropeas desde la zona del Turquestán, más allá del Volga, a Europa. La tercera oleada o grupo de oleadas (cultura de los *kurganes*) penetró en los Balcanes, a través de Ucrania, en el tercer milenio a.C. y acabó de indoeuropeizarlos, creándose en realidad una unidad cultural que tomó elementos importantes de la cultura local, hoy bien conocida por la Arqueología. Pues bien, la hipótesis, que no puedo fundamentar aquí, es la siguiente: es la oleada meridional, que avanzaba a lo largo del Mar Negro, la que trajo como punta de lanza a los griegos (que luego desde el 2200 penetraron en Grecia) y con ellos a los armenios, traco-frigios, indo-iranios, etc., o, por mejor decir, a las formas previas de estos grupos lingüísticos posteriores.

En suma, el griego es una de las lenguas derivadas del que he llamado en otros lugares indoeuropeo IIIa o indo-griego: es ésta, por lo demás, una concepción no sólo mía, sino que está adquiriendo cada vez mayor difusión. En cuanto a los rasgos lingüísticos más notables del indo-griego de que hablo, pueden señalarse los siguientes: desarrollo de la oposición aspectual presente/aoristo, creación del perfecto medio y el pluscuamperfecto, aumento, generalización del sistema cuadrangular de desinencias, eliminación de la flexión semitemática. Habría que señalar otros rasgos en que el griego mantiene su independencia dentro del grupo o se une (o al menos se unen algunos dialectos) con las lenguas occidentales del indoeuropeo IIIb.

El indoeuropeo IIIa y, dentro de él, el griego, señala el máximo desarrollo de la morfología indoeuropea y, consecuentemente, del sistema de categorías gramaticales en ella expresado. Ciertamente, con multitud de restos arcaicos como son alomorfismos, sincretismos, amalgamas, elementos cero. Por otra parte, a lo largo de su historia, ya en Grecia, el griego ha desarrollado una serie de rasgos comunes o casi comunes, sea cualquiera su origen: al menos, son rasgos aceptados por el «mainstream Greek», el que realmente ha influido en la posteridad. Me refiero al desarrollo del artículo, al de un vocabulario abstracto cada vez más rico, al de una sintaxis de la subordinación que permite construir frases cada vez más complejas. Todo esto facilitaba la expresión de la realidad en todos sus matices y clasificaciones y convertía al griego en la lengua más avanzada para la expresión del pensamiento abstracto y de la ciencia.

Veamos, pues, aunque sea a grandes rasgos, cómo a partir de una lengua no flexiva hablada por los nómadas de las estepas de Asia Central hacia el quinto milenio a.C. fue creándose poco a poco la lengua griega: una lengua de rica morfología y gran capacidad clasificatoria. Veamos también que, sean cualesquiera las fragmentaciones que esta lengua griega experimentó dentro de Grecia, nunca se interrumpió por largo tiempo un proceso que llevaba más lejos esas mismas características hasta convertir al griego en la lengua por excelencia de la Ciencia y la cultura, modelo de tantas otras. Es en la *koiné* donde ese «mainstream Greek» de que hablamos alcanzó su punto culminante, haciendo olvidar diferencias dialectales ahora relegadas a áreas y niveles totalmente marginales.

Todo esto sobre la unidad y las características de la lengua griega, que nunca excluyeron, pienso, diferencias internas. Sin embargo, es cierto que a partir de un momento dado la diversificación del griego avanzó espectacularmente: en la historia de esta lengua los procesos de diversificación y los de homogeneización se alternan y combinan y unos y otros explican el origen y evolución de los diversos dialectos y, concretamente, de los que aquí nos interesan, los dialectos geográficos. Es ya tiempo de que nos ocupemos de este proceso. Voy a comenzar haciendo una pequeña historia que nos llevará a un punto en que existe una coincidencia general sobre el tema. En realidad, sobre el origen y relaciones de los dialectos griegos estamos, hoy, bastante próximos los que de ellos nos ocupamos. Pero, con todo, quedan problemas debatidos. Tras hacer la pequeña historia a que me he referido y describir esas concepciones más o menos comunes, tanto desde el punto de vista de las ideas generales como desde el de las conclusiones de ellas obtenidas, pasaré a este último punto: el de los problemas abiertos. Y sobre ellos expondré, naturalmente, mis propios puntos de vista.

En Grecia cada región, cada localidad puede decirse, tenía su propio dialecto. Sólo por generalización puede hablarse, por ejemplo, del beocio o del tesalio (incluso: del tesalio oriental o el occidental). Y, naturalmente, se trata de un proceso de generalización más avanzado cuando hablamos no ya de arcadio o chipriota, sino de arcadio-chipriota y de uno más avanzado aún cuando algunos engloban este dialecto y otros más bajo la etiqueta de eolio. Pues bien, la tradición de la dialectología griega, que viene de la antigüedad y fue aceptada, al menos en este punto, por los nuevos creadores decimonónicos de esta ciencia, es que el griego se divide en tres dialectos, dorio, eolio y jónico-ático, que correspondían a pueblos diferentes y habrían entrado en Grecia, desde el norte en oleadas diferentes, superponiéndose a veces. Todo lo más, algunos lingüistas postularon, en un cierto momento, un tercer grupo, el del arcadio-chipriota (subsumido, como digo, por otros dentro del eolio). O sea: según esta concepción tenemos que habérnoslas con dialectos «puros», propios de determinadas estirpes que emigraron en fechas determinadas a lugares también determinados. Los demás dialectos son «mixtos», derivados de las mezclas de éstos: o bien son derivaciones, fragmentaciones de los mismos.

Recientemente, J. B. Hainsworth⁵ ha explicado el origen de la división tradicional de los dialectos griegos por los antiguos como «una mezcla de la actitud respecto al dialecto de tres disciplinas diferentes: la etnografía, la glosografía y la exégesis literaria». Pero es el caso que cuando Ahrens escribía, en 1839-1843 su *De Graecae linguae dialectis* no procedía de otro modo. Ni tampoco, en el fondo, P. Kretschmer cuando en 1909 comenzaba una serie de artículos nunca concluida⁶ en la que sostenía la tesis de las tres migraciones sucesivas, comenzando por la jónica. Estas eran, todavía, las ideas que sostenía A. Tovar en 1944 en el artículo inicial de otra serie igualmente sin concluir⁷ en la que intentaba ver cómo las sucesivas invasiones se iban parcialmente superponiendo, lo que era una de las causas de los dialectos que llamaríamos mixtos.

Todavía yo en 1952, en mi primer tratamiento de estos temas⁸, operaba sustancialmente con migraciones venidas de fuera de Grecia y consistentes en la llegada de pueblos diferentes. Sin embargo, este libro presentaba algunas novedades que han tenido un eco importante en la bibliografía posterior. Paso a enumerarlas:

a) La división de los rasgos dialectales en arcaísmos, elecciones e innovaciones, siendo éstas sobre todo (y también las elecciones, aunque menos) las que, cuando son exclusivas y sin huellas de desarrollo independiente, prueban comunidad dialectal, o sea, origen común.

b) La atención a los rasgos dialectales en sí, uno a uno, y a su cronología, también a efectos de establecer esa comunidad.

c) El concepto de dialecto-puente, intermedio entre otros dos cuyas isoglosas delimitativas no coinciden: es un procedimiento diferente de explicar los llamados dialectos «mixtos».

Mi trabajo dejaba, así, abierto el camino a desarrollos posteriores, aunque desde otros puntos de vista perteneciera todavía a la época precedente. Estos desarrollos se produjeron cuando el micénico fue conocido a partir de 1952 y cuando una serie de artículos de W. Porzig⁹, E. Risch¹⁰ y J. Chadwick¹¹ hicieron ver, entre otras cosas, que la mayor parte de las innovaciones del jónico-ático, el arcadio-chipriota y el eolio son recientes, posteriores a la edad micénica, y por tanto desarrolladas en Grecia. Esto es verdad para muchos de los rasgos más característicos de los dialectos históricos: caída de la digamma,

⁵ «Greek Views of Greek Dialectology», *TPhS.* 1967, págs. 62-76.

⁶ «Zur Geschichte der griechischen Dialekte. I. Ionier und Achäer. II. Die Apokope in den griechischen Dialekten», *Glotta* 1, 1909, págs. 9-59.

⁷ «Ensayo sobre la estratigrafía de los dialectos griegos. I. Primitiva extensión geográfica del jonio», *Emerita* 12, 1944, págs. 245-335.

⁸ *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia*, Salamanca, 1952.

⁹ «Sprachgeographische Untersuchungen zu den altgriechischen Dialekten», *IF* 61, 1954, págs. 147-169.

¹⁰ «Die Gliederung der griechischen Dialekten in neuer Sicht», *MH* 12, 1955, págs. 61-75.

¹¹ «The Greek Dialects and Greek History», *Greece and Rome* 3, 1956, págs. 38-50.

conversión jónica de la $\bar{\alpha}$ en η , alargamientos compensatorios diversos, etc. Como, de otra parte, una buena parte de los rasgos propios de los dialectos mencionados, por ejemplo, la asibilación de $-\tau i$ en $-\sigma i$, se encuentran ya en micénico, estaba al alcance de la mano la idea de que los dialectos griegos del grupo llamado oriental (que ahora Risch prefiere llamar meridional) surgieron en Grecia por diferenciación de un dialecto más o menos próximo al micénico.

Todo esto representaba una gran inversión de las posiciones anteriores; inversión en buena medida justificada aunque quizá, veremos, exagerada. Del antiguo edificio quedaba en pie solamente una piedra, en realidad: el dorio continuaba interpretándose como la última oleada griega, el último pueblo invasor que penetró en Grecia, superponiéndose sobre los anteriores y arruinando la cultura micénica. Y aun esto, veremos, ha sido puesto en duda con posterioridad por Chadwick: según él y sus seguidores, los dorios estaban en Grecia ya en época micénica.

Por otra parte, y continuando con los dorios, a partir del artículo de Chadwick mencionado más arriba, el de 1956, comenzó a proponerse que ciertas coincidencias entre el dorio, de un lado y el jónico-ático (y, a veces, también el arcadio-chipriota y aun el eolio), de otro, no son casuales y son, también, recientes, postmicénicas. Me refiero a coincidencias del tipo de la vocalización con $\bar{\alpha}$ de las sonantes, las desinencias medias del tipo $-\tau \alpha i$, la dentalización de las labiovelares ante e , la simplificación de $\sigma \sigma$ del tipo $\mu \acute{\epsilon} \sigma \sigma$, la preposición $\mu \epsilon \tau \acute{\alpha}$, etc., que afectan a más o menos dialectos según los casos. Se trataría de fenómenos de convergencia entre el dorio y otros dialectos dentro de Grecia. Otros fenómenos en áreas más reducidas fueron señalados igualmente.

Así, el cuadro aproximado que a partir de mediados de los cincuenta ha venido dándose de los dialectos griegos, es el siguiente. El micénico es nuestro más claro y directo testimonio del griego oriental del segundo milenio; de él o de dialectos próximos derivaron luego el arcadio-chipriota y el jónico-ático; y también el eolio tiende a ser considerado (sobre todo a partir del libro de García Ramón¹²) como postmicénico. Llega luego el dorio a Grecia (o, según Chadwick¹³, los dorios se imponen dentro de Grecia como clase dominante). Y surgen, entonces, dos tipos de fenómenos que se entrecruzan:

a) Influjos de unos dialectos sobre otros o bien influjos recíprocos: así, los que crean una serie de isoglosas comunes al dorio de un lado y a uno o varios de los dialectos «orientales» de otro. También, por citar una idea que ha tenido amplia difusión (temo que no justificadamente, véase más abajo), el influjo del jonio de Asia sobre el lesbio, propugnado por Porzig en su artículo de 1954.

b) Escisión de los dialectos: se diferencian el arcadio y el chipriota, el jonio y el ático, los diversos dialectos dorios.

¹² *Les origines postmycéniennes du groupe dialectal éolien*, Salamanca, 1976.

¹³ Cf., en primer término, su «Who were the dorians?», *PP* 31, 1976, págs. 103-117 y bibliografía posterior.

Luego, finalmente, tiene lugar el fenómeno de la difusión del ático, de su evolución hasta convertirse en lo que llamamos la *koiné*, no sin haber, para ello, recibido influjo de diversos dialectos, sobre todo del jonio.

Esta es, hoy, la idea generalmente aceptada sobre la evolución y relaciones de los dialectos griegos. Piénsese que deja abiertas una serie de cuestiones como: la definición exacta del micénico en relación con los dialectos del primer milenio; si realmente todos y cada uno de los rasgos propios de estos dialectos que conocemos en el primer milenio son postmicénicos o algunos existían ya en la edad micénica (en el que he llamado «paramicénico») o incluso antes, fuera de Grecia; cuál es el origen del dialecto épico y sus relaciones con los demás; si realmente el lesbio tiene el origen que propone Porzig y cuál es el de los rasgos que parecen dorios en beocio, tesalio y panfilio (y, me atrevería a decir, en Homero); y, entre otros cabos todavía sueltos, el de qué hemos de pensar en definitiva sobre el origen del dorio y las ideas de Chadwick sobre él.

Como se ve, los problemas abiertos son todavía importantes. Pero antes de entrar en ellos parece justo subrayar la importancia del avance logrado y de las coincidencias que hemos de dar por ya adquiridas. Se refieren, por lo demás, no sólo a los resultados, que acabo de esbozar, sino también a los métodos que se aplican o que se considera justo aplicar en el futuro. Es decir, no se trata sólo de resultados que hemos de considerar consolidados, sino también de métodos que abren la esperanza de otros resultados futuros.

Por supuesto, no es éste el lugar apropiado para dar una bibliografía completa sobre el tema, pero sí el de señalar algunos «estados de la cuestión» que son importantes y significativos e, incluso, unos pocos trabajos sobre puntos particulares que han ejercido influencia. En estos trabajos, como es natural, sus autores no se limitan a dar un estado de la cuestión, sino a matizar sus posiciones dentro de las líneas generales señaladas. Pero la comparación de estos trabajos no deja de ofrecer esa imagen de coincidencia en lo general que he procurado resaltar.

Me refiero, principalmente, a trabajos diversos de A. Bartonek¹⁴, de A. López Eire¹⁵, de E. Risch¹⁶, de J. L. García Ramón¹⁷, de J. J. Moralejo¹⁸, también a algunas cosas mías¹⁹. Me limito con esto a una bibliografía mínima:

¹⁴ Entre ellos, «Greek Dialectology after the Decipherment», *Studia Mycenaea*, Brno, 1968, págs. 37-51; «Greek Dialects in the second Millennium B. C.», *Eirene* 9, 1971, págs. 49-66; «Greek Dialects between 1000 and 300 B. C.», *SMEA* 20, 1979, págs. 113-130.

¹⁵ Cf. sobre todo «Panorama actual de la dialectología griega», *EC* 12, 1968-1969, págs. 287-305; «Problemática actual de la Dialectología griega», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1978, págs. 457-479.

¹⁶ Cf. últimamente «Die griechischen Dialekte im 2. vorchristlichen Jahrtausend», *SMEA* 20, 1979, págs. 91-111.

¹⁷ «El dialecto micénico 1966-1978: doce años de investigación», *EC* 24, 1980, págs. 5-31.

¹⁸ *Recent Contributions to the History of the Greek Dialects*, Santiago, 1979; «Algunos problemas de la Dialectología griega», *Estudios Metodológicos sobre la lengua griega*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1983, págs. 53-68.

¹⁹ «Micénico, dialectos paramicénicos y aqueo épico», *Emerita* 44, 1976, págs. 65-113; «La

referida a líneas generales y de acuerdo en términos también generales con las ideas arriba mencionadas. No toco para nada la relativa al dialecto homérico o al micénico o a la situación dialectal de tal o cual dialecto o a la «cuestión doria»; algo se dirá de todo esto más adelante.

Lo interesante de esta bibliografía y de la más particularizada a la que acabo de aludir solamente es, como ya anticipé, que no solo representa un avance seguro en una dirección determinada, con más coincidencias en suma que diferencias, sino que presenta a veces propuestas metodológicas en las que he de insistir. Por cierto que, incidentalmente, y aunque sea yo uno de los implicados, resulta grato comprobar el peso de los nombres de autores españoles en este campo: imposible leer un trabajo sobre dialectología griega sin verlos repetirse. Y no sólo para trabajos interpretativos, sino también para otros expositivos de los dialectos, a los que a continuación haré referencia. La tradición iniciada por A. Tovar continúa extendiéndose, cada vez más. Pero volvamos al tema.

Antes que nada hay que insistir en que los modernos tratamientos de los dialectos griegos buscan siempre particularizar: se refieren a las diferencias dentro de los mismos y a la geografía dialectal en general, en mayor medida que en fecha anterior. Así, por poner algunos ejemplos, en el caso del estudio ya citado de García Ramón sobre el eolio o en el de López Eire sobre el griego del N. O.²⁰ Ya en el artículo de Porzig arriba mencionado se hablaba de geografía dialectal. Esto está en conexión con la realización de estudios que describen detenidamente los distintos dialectos y que renuevan el antiguo manual de Bechtel, ya un tanto anticuado: así el de Van der Valde sobre el tesalio²¹ o, en España, el de J. J. Moralejo sobre el delfico²² y el de María Pilar Fernández Álvarez sobre el argólico²³. Naturalmente, la bibliografía es mucho más extensa que esto; hay que añadir numerosas monografías sobre dialectos particulares o bien comentarios de inscripciones (y, por lo que se refiere a España, diversos trabajos todavía no publicados). En realidad, no se ha llegado aún a rehacer los viejos tratamientos sistemáticos alemanes, pero se está en el buen camino y es, sobre todo, significativo el carácter cada vez menos generalizante y más concreto, con referencia a las variantes locales y cronológicas, de los modernos estudios.

Este es uno de los puntos en que las modernas monografías representan, sin duda, un avance, para hablar en términos generales y no limitarnos a los resultados más o menos comúnmente aceptados sobre la génesis de los dialectos. Veamos otros.

creación de los dialectos griegos del primer milenio», *Emerita* 44, 1976, págs. 245-278; «Towards a new Stratigraphy of the Homeric Dialect», *Glotta* 59, 1981, págs. 13-27.

²⁰ «El problema de los dialectos dóricos y noroccidentales», *Emerita* 48, 1980, págs. 15-30 (en colaboración con J. Méndez Dosuna).

²¹ R. van der Velde, *Thessalische Dialektgeographie*, Nimega, 1924.

²² *Gramática de las inscripciones delficas*, Santiago, 1972.

²³ *El argólico occidental y oriental en las inscripciones de los siglos VII, VI y V a.C.*, Salamanca, 1981.

De una manera abierta y programática, así en estudios antes aludidos de A. López Eire²⁴ y J. J. Moralejo²⁵ y otras veces en la mera praxis, cada vez se tiende más a aplicar una serie de principios metodológicos a que antes he aludido en relación con mi trabajo de 1952 y que, pienso, favorecen el estudio de las relaciones entre los dialectos.

Uno de ellos es la atención constante a la cronología de los fenómenos. La revolución en la dialectología griega a partir del artículo de Porzig se basa precisamente en esto. Véase un ejemplo de un tratamiento cronológico del tema de la evolución de los dialectos en el primer milenio en un reciente artículo, ya aludido, de A. Bartoněk²⁶. En él postula, por ejemplo, la existencia en torno al 1200 de subdialectos predecesores del arcadio-chipriota y el jonio; una fecha entre éste y el año 1000 para las principales isoglosas dorio-jonias (como el alargamiento compensatorio); el movimiento de la población eolia a Beocia hacia el 1125 y a Lesbos hacia el 1000; la separación del dorio «suave» y el «estricto» hacia el 1000; la definición del arcadio-chipriota y el jónico hacia el 900, etc. Naturalmente, todo eso no es otra cosa que la traducción a una cronología absoluta de hechos de cronología relativa entre las diversas evoluciones fonéticas y morfológicas.

Está en relación, por otra parte, con la importancia central que ahora se concede a los hechos de innovación sobre los demás. Explícita o implícitamente, la innovación es reconocida como la palanca para retrazar los hechos de evolución dialectal. Así, por ejemplo, cuando cada vez se ve más claro que el dorio es un dialecto conservador, que se ha mantenido próximo al protogriego: así, por ejemplo, en un artículo mío²⁷ y en otro de López Eire²⁸. O cuando Risch²⁹ habla de las innovaciones comunes del arcadio-chipriota y el jónico-ático. Este tema de las innovaciones comunes es aplicado constantemente a los dialectos del primer milenio a partir de los trabajos de Risch y Chadwick, que cambiaron la imagen de la dialectología griega; lo aplica, por ejemplo, Bartoněk en el artículo últimamente citado.

También, aunque más lentamente, el concepto de elección va abriéndose paso y, con él, el de la existencia de formas dobles en los dialectos. López Eire lo ha utilizado, por ejemplo, en unión del de innovación para postular que no es cierto el influjo del jonio sobre el lesbio que desde Porzig se propone³⁰. Efectivamente, los rasgos comunes al lesbio y jónico-ático son elecciones o innovaciones en que participan también otros dialectos, no se hallan en él innovaciones antiguas explicables a partir del jonio, sólo innovaciones antiguas comunes a todo el griego oriental. La existencia de variantes dentro de un

²⁴ «Problemática actual...» cit.

²⁵ «Recent contributions...» y «Problemas actuales...», cit.

²⁶ «Greek Dialects between 1000 and 300 B. C.», cit.

²⁷ «La creación...» cit., pág. 248.

²⁸ «El problema de los dialectos dorios y noroccidentales», cit.

²⁹ «Die griechische Dialekte...» cit., pág. 95.

³⁰ «Problemas...» cit., págs. 465 y ss.

dialecto ha sido reconocida, por ejemplo, por Risch³¹ cuando ha criticado la tesis del dorismo de ciertas formas micénicas admitiendo en este dialecto tanto formas con asibilación $-ti > -si$ como formas que conservan $-ti$. Sobre las diferencias intradialectales y la elección secundaria entre formas concurrentes se ha expresado con ejemplos numerosos Moralejo³². En todos mis trabajos he utilizado en la práctica estos puntos de vista.

Por más que, como es lógico, subsistan con frecuencia rasgos de la antigua manera de pensar, que tratan de desechar mediante unos u otros recursos las formas incómodas, así en el caso de Ruijgh sobre la vocalización de las sonantes³³. Pero hoy, en relación con este tema, la aceptación de resultados varios en un mismo dialecto, resultados a veces unificados luego, va haciéndose general, cf. A. Bernabé³⁴. Incluso sobre casos tan claros como el de $-ti > -si$, en que el griego oriental y Homero conservan a veces el arcaísmo $-ti$, vacilan a veces autores como Risch y Moralejo, citados arriba.

Con todo, se está en el buen camino de desechar los dialectos «puros» y deducir de ellos por mezcla todos los demás, de contentarse con meras etiquetas y desatender los hechos diferenciales dentro de un mismo dialecto. Hay, en realidad, una evolución que viene desde la ruptura con la antigua concepción dialectológica, ruptura de la que hablé: cada vez se van sacando de ella nuevas consecuencias, en conexión con una nueva concepción de lo que es un dialecto (lo que incluye la existencia de variantes intradialectales, de centro y márgenes de un dialecto, de dialectos-puente, etc.). Y se sacarán más consecuencias aún según se vaya refinando el concepto de elección y se vayan precisando los criterios para atribuir valor probatorio o no de comunidad a distintos tipos de elecciones y aun de innovaciones, en relación con la cronología y la difusión. Es en el estudio del dialecto homérico en el que menos han avanzado estos puntos de vista: mi artículo de *Glotta* antes aludido trata de abrirles un nuevo campo en el estudio de dicho dialecto.

Con esto creo que queda preparado el camino para entrar ya en el tema central de este trabajo: tras hacer constar los puntos de vista que tienden a generalizarse en los métodos de la dialectología griega así como en sus conclusiones, señalar los problemas pendientes y las diferencias entre los estudiosos o bien las dudas. Pero no se espere de mí una simple exposición del estado de la cuestión: simultáneamente con ella procuraré dejar constancia de las razones de mis puntos de vista.

El primer punto controvertido o dudoso es el de las relaciones entre el dialecto micénico y los dialectos posteriores del llamado griego oriental, cuyo parentesco con el primero no es, por lo demás, dudoso. No voy a exponer aquí

³¹ Art. cit.

³² «Recent contributions...», págs. 8 y ss.

³³ «Le traitement des sonantes voyelles dans les dialectes grecs et la position du mycénien», *Mnemosyne* 14, 1961, págs. 193-216.

³⁴ «La vocalización de las sonantes indoeuropeas en griego», *Emerita* 45, 1977, págs. 269-298.

la bibliografía que ha tratado de explorar las relaciones entre el micénico y dichos dialectos, con el resultado de señalar los puntos comunes (sobre todo con el arcadio-chipriota, también a veces con el jónico-ático), pero también los diferenciales. Y me limito a señalar trabajos de E. Risch³⁵ y M. Lejeune³⁶ sobre las diferencias internas del micénico, escasas desde luego y dudo que explicables por la existencia de dos tipos dialectales. Lo esencial es, me parece, tomar el micénico como una unidad, al menos en la generalidad de los hechos, e insistir en cosas generalmente reconocidas:

a) El micénico no es la base exclusiva de ninguno de los dialectos posteriores.

b) Tanto estos dialectos como el homérico presentan, a veces, arcaismos (formas únicas y formas dobles entre las que luego, a veces, se eligió) que habían sido eliminados ya por el micénico.

La conclusión, que he fundamentado en detalle en un artículo ya citado³⁷, es ésta: el micénico es una lengua de tipo oficial y burocrático, fundamentalmente unitaria. Es una conclusión aceptada con bastante generalidad. Pero no tan comúnmente aceptada es la otra conclusión, que es en la que aquí quiero insistir: junto a ese micénico oficial existían otros dialectos del griego oriental que no se escribían (los dialectos que he llamado paramicénicos) y de los que derivan los dialectos posteriores, del primer milenio. Más todavía: el dialecto homérico deriva, en última instancia, de otro dialecto del segundo milenio emparentado con los anteriores, pero diferente, en parte, de ellos tanto por sus arcaismos (incluidos los dobles conservados) como por sus elecciones e innovaciones.

Pero dejemos de momento el dialecto homérico. Puesto que los dialectos del primer milenio no derivan exactamente del micénico y esto es, hoy, reconocido por todos, es claro que debía de haber dialectos paramicénicos. Pero subsiste la duda de si dichos dialectos del primer milenio permiten penetrar de algún modo o no en el conocimiento de esos dialectos paramicénicos. Pues al reconocerse que una serie de rasgos característicos del jonio y arcadio-chipriota son recientes, postmicénicos, ha surgido la tentación de dogmatizar que todos los rasgos diferenciales de estos dialectos son, efectivamente, postmicénicos.

Personalmente, he tratado de hacer ver que algunos de los elementos del jonio y del arcadio-chipriota, más otros bien de un grupo bien del otro, son arcaismos (a veces no conservados, insisto, en micénico); por tanto, dichos dialectos del primer milenio conservan trazas de dialectos paramicénicos. Igual que yo, autores como A. Bartoněk³⁸ y como A. López Iñire³⁹ hablan de

³⁵ «Les différences dialectales dans le mycénien», *Proceedings of the Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies*, Cambridge, 1966, págs. 150-157; «Die griechische Dialekte...» cit.

³⁶ «Pre-mycénien et proto-mycénien», *BSI* 71, 1976, págs. 193 y ss.

³⁷ «Micénico, dialectos paramicénicos...» cit.

³⁸ «Greek Dialects...», cit., pág. 114, junto a otros diversos trabajos.

³⁹ «Problemática actual...» cit., pág. 465, etc.

prejonio, prearcadio, etc. Pero otros autores vacilan u opinan en contra. Así Risch⁴⁰ señala concordancias del jónico-ático y el arcadio-chipriota que remontan al segundo milenio, pero añade que le parece inverosímil la existencia, junto al micénico con sus variantes, de un proto-arcadio-chipriota. También Moralejo vacila y tiende a rebajar la fecha de toda diferenciación dialectal al postmicénico. Pienso, por el contrario, que ciertos rasgos de dialectos del primer milenio que vivieron en este separados entre sí deben retrotraerse al segundo y, precisamente, a zonas dialectales no idénticas al micénico de las tablillas:

a) Arcaismos ausentes del micénico o raramente conservados en éste: el aumento verbal, los nombres en -ῆς (en arc. y chipr.), el dat. pl. en -οις.

b) Falta de innovaciones micénicas: la yod secundaria, el dual *to-pe-zo*.

c) Elección distinta a la del micénico: *πάρως* adv. y no preposición, *μετά* y *πεδᾶ* según los dialectos (conviven en mic.), gen. sg. de -οο (en mic. solo -οιο), tendencia a elegir ya *αρ*, ya *ορ* (en mic. ambas), presencia a veces de *ιρός* (en mic. solo *i-je-ro*), *ἐπί* (nunca *ὀπί* como en mic., pero cf. *ὀπισθεν*).

Naturalmente, no podemos decir que ya en época micénica hubiera dos dialectos claramente dibujados, uno predecesor del jónico-ático, otro del arcadio-chipriota. La diferencia entre ambos debió de aumentar cuando quedaron separados por los dorios (sobre este tema he de volver), como se diferenciaron por la misma razón y por el alejamiento geográfico el arcadio y el chipriota. Pero había dialectos que contenían elementos diferentes del micénico oficial y que luego fueron característicos bien de todo el griego oriental del primer milenio, bien de alguno de sus dialectos. No quiero referirme sólo al jónico-ático y al arcadio-chipriota. También tiene raíces en la edad micénica otro dialecto de colonización, el panfilio, algunos de cuyos rasgos se consideraban dorios, pero creo que tiene razón López Eire⁴¹ al considerarlos arcaismos de fecha micénica. Presenta también otros arcaismos no dorios ni micénicos: o sea, que venía de una de estas hablas marginales de dicho período.

De todas maneras, es en lo relativo al eolio donde más se ha impuesto la tesis de su carácter postmicénico; el libro antes citado de García Ramón ha influido mucho en este sentido. Sin negar los evidentes méritos del libro, he manifestado ya en otros lugares⁴² mi desacuerdo con estas conclusiones suyas. Mi argumentación se basa en la existencia, ya en todos los dialectos eolios, ya en algunos de ellos, de una serie de rasgos del griego oriental: de todo él o de algunos dialectos. Así *ς > ορ*, la des. -μεν y el patronímico en -ιος; respectivamente, una innovación ya presente en micénico, un hecho de elección y un arcaísmo (también micénico); además, rasgos de difusión limitada como *ιρός*, *πεδᾶ*, -φι, *πτόλις*, *ὀπύ*, gen. -οι, etc. Sin negar que algunos rasgos eolios son

⁴⁰ Art. cit., págs. 95 y ss.

⁴¹ «En torno a la clasificación dialectal del panfilio», *Emerita* 51, 1983, págs. 5-27, en colaboración con A. Lillo.

⁴² «La creación de los dialectos griegos...», págs. 254 y ss., y también *Emerita* 47, 1979, págs. 470-471.

postmicénicos (paralelamente a lo que sucede en otros grupos dialectales), otros vienen de dialectos paramicénicos: no podemos decir, claro está, que de uno unitario y bien definido. En cuanto a los elementos de aspecto dorio, pueden ponerse en relación con la invasión doria como quiere García Ramón, que sigue en esto una idea antigua, pero tratándose como se trata de arcaismos también puede pensarse que la base de nuestros dialectos presentaba transiciones hacia un sector del griego menos evolucionado que el oriental. Es decir, que aquí había desde antiguo un «dialecto puente», como postulaba yo en mi trabajo más antiguo. Claro que si pensamos que el dorio está ya en Grecia desde el año 1000 no hay que acudir, en este caso, a una invasión, sino a la idea de que nos hallamos ante la zona fronteriza del hábitat antiguo de los dorios en Grecia.

Más concretamente, por lo que al eolio de Lesbos concierne, pienso ahora, de acuerdo con lo expuesto por López Eire en un trabajo antes citado, que una parte de sus coincidencias con el jonio no proceden de influjo reciente como creía Porzig (y muchos otros tras él), sino del antiguo griego oriental. O sea, una vez más, de dialectos paramicénicos. Es puramente arbitrario proponer que el inf. en *-μεναι* (que aparece en fórmulas homéricas) contamine el *-μεν* eolio con el *-ναι* jonio, que *πρός* y el gen. en *-οο* sean préstamos del jonio e igual *εἰς* (que también está en dorio), etc. Se trata a veces de formas del antiguo griego oriental, a veces de isoglosas que rebasan a éste y se encuentran incluso en el occidental.

Así, en definitiva, no podemos reconstruir los dialectos paramicénicos uno a uno, ni siquiera en forma de prototipos germinales de los dialectos posteriores. Podemos decir que el jonio o el lesbio no existen hasta fecha postmicénica: sólo entonces, es claro, quedaron conformados, mediante una serie de evoluciones propias o de elecciones o de influjos de varia procedencia. Pero desplazar todos los rasgos de los dialectos del primer milenio a fecha postmicénica por el simple hecho de que algunos son efectivamente postmicénicos es una exageración tan grave como la anterior de hacerlos remontar todos a fecha premicénica, incluso al griego fuera de Grecia.

El hecho es, por el contrario, que ciertos arcaismos, ciertos dobletes y aun ciertas innovaciones son ya de fecha micénica. Y puesto que en cierta medida estos rasgos están ausentes del micénico, fundamentalmente unitario desde Festos a Tebas, es claro que vivían en dialectos diversos en la edad micénica: en los dialectos que he llamado paramicénicos.

Más: algunos de estos rasgos son de toda antigüedad. **Av* y *xe*, por ejemplo, son partículas de origen distinto que luego han asimilado su semántica y finalmente se han perdido ya una, ya otra según los dialectos. Y lo mismo *ei*, *xi* y *η*, los diversos tipos de infinitivo, etc. Nada absolutamente está en contra de la idea de que estos dobletes existieran, aquí o allá, ya dentro del protogriego, cuyas diferencias los dialectos paramicénicos no hacen otra cosa que continuar.

Todo esto se confirma con el estudio del dialecto homérico: como he dicho, la zona de la dialectología griega a la que con más retraso van llegando las

ideas nuevas. En mi artículo de *Glotta* antes citado he hecho ver cómo un dialecto cuyo núcleo único todos aceptan que viene de la edad micénica y aun de antes, continúa interpretándose a base de una serie de estratos de diversos dialectos «puros»... del primer milenio. Que los elementos colios sean más antiguos, siempre, que los jonios es, por otra parte, cualquier cosa menos seguro. Y que los arcaísmos se identifiquen con los primeros (o con un anterior sustrato aqueo) y los elementos recientes con los segundos, es una regla que muchas veces falla. En suma: he propuesto una nueva serie de ideas para explicar la evolución, pues evidentemente, existió una evolución, desde la más antigua lengua épica hasta la que conocemos. Y una evolución que se adaptaba a las necesidades de una lengua poética y artificial cual la de la épica, bien distintas de las de un dialecto geográfico.

Pero antes de tratar de dar una idea sobre esas propuestas —cuya línea central ha seguido Hooker en una comunicación al último Congreso de Estudios Clásicos celebrado en Brno en 1982— pienso que es fundamental ver qué es lo que el dialecto homérico, en su núcleo más antiguo, puede aportar al conocimiento del griego del segundo milenio. Y puede aportar mucho, pues es claro que ese núcleo último suyo sólo parcialmente coincide con el micénico de las tablillas. Luego existió contemporáneamente con éstas una lengua diferente de la de ellas: entonces, la existencia de los dialectos paramicénicos de que antes he hablado acaba de entrar dentro de un contexto significativo y coherente. Junto a la lengua administrativa común a las tablillas, había una lengua épica común y una serie de lenguas habladas particulares. De dónde y de qué fecha es originalmente el núcleo de la lengua épica es una cuestión que no interesa tanto en este contexto, aparte de ser un problema difícil de resolver.

Lo que es clarísimo es que en Homero encontramos una serie de hechos que certifican la parcial coincidencia y la parcial diferencia del núcleo antiguo de la lengua épica respecto al micénico y a los dialectos paramicénicos. En un trabajo antes mencionado⁴³ he hecho ver que ciertos rasgos aislados y ciertos dobletes están tanto en Homero como en micénico y faltan en dichos dialectos o bien éstos han elegido dentro de los dobletes. Pero otras veces son el micénico y el paramicénico los que ofrecen elecciones a partir del estadio que nos es accesible por Homero: en éste ya hay aumento ya no (el mic. lo elimina, el paramicénico lo generaliza), hay $\xi\acute{o}\nu$ y $\sigma\acute{o}\nu$, $\pi\acute{o}\lambda\iota\varsigma$ y $\pi\acute{\tau}\acute{o}\lambda\iota\varsigma$, se conservan a veces los grupos $\rho\sigma$, $\lambda\sigma$. Pero también hay coincidencia a veces entre Homero y tal o cual dialecto paramicénico frente al micénico: $-\tau\alpha\iota$ en Hom. y jón. $-\acute{\alpha}\tau$. ($-\tau\alpha\iota$ en arc. y mic.). O, al revés, Hom. coincide con todo el griego del segundo milenio con alguna excepción ($-\epsilon\upsilon\varsigma$, pero arc.-chip. $-\eta\varsigma$). También puede ir Homero con sólo el micénico ($-\phi\iota$, gen. $-\alpha\iota\sigma$, pero de ambas cosas hay leve huella en tesalio). Y, por supuesto, a veces el arcaísmo se encuentra conservado solamente en Homero ($\xi\phi\theta\iota\tau\omicron$, $\acute{\alpha}\lambda\iota\omicron$, $\pi\epsilon\phi\iota\delta\acute{\epsilon}\sigma\theta\alpha\iota$, $\mathcal{Z}\eta\eta\nu$).

Evidentemente, andando el tiempo esta lengua épica, que por otra parte

⁴³ «Micénico, dialectos paramicénicos...» cit., pág. 101.

conservaba, por su utilidad métrica, dobletes que en la lengua común se reducían, llegó un momento en que se sintió como arcaizante y extraña. Ahora bien, algunos de sus elementos continuaban vivos en tal o cual dialecto: concretamente, en el jonio y el lesbio de los siglos posteriores al año 1000. Mi teoría, que no puedo exponer aquí en detalle, es que a partir de formas que se sentían como jónicas (formas arcaicas mantenidas por este dialecto), se introdujeron otras formas jónicas, de origen reciente; y lo mismo en el sector del colio. Ciertamente que a veces la elección de una forma moderna era inevitable cuando, por ejemplo, las labiovelares habían salido de uso y también grupos de *s* + líquida, por ejemplo. Se eligió en estos casos una forma de los dialectos a los que se atribuían otros rasgos del texto homérico. Otras veces se introdujeron, sin más, jonismos o colismos recientes, sobre la interpretación de que la lengua épica era una mezcla de estos dialectos. Esta es, en suma, la teoría.

Ahora bien, con esto no he terminado de exponer el panorama de lo que podemos pensar que era la lengua griega: el conjunto de dialectos griegos del segundo milenio, una vez descartada la idea un tanto ingenua de que nuestros dialectos del primer milenio sólo a fecha postmicénica remontan. Aquí se nos presenta el problema del dorio que, piénsese de él lo que se quiera respecto a su forma de asentamiento en Grecia y a la fecha del mismo, era en todo caso un dialecto griego del segundo milenio.

Ya se sabe cuál es la idea tradicional: los dorios penetraron en Grecia, desde fuera de la Península helénica, en el s. XIII y hundieron en ella la cultura micénica. Bien es verdad que la falta de restos arqueológicos claros que diferenciaban las distintas olas migratorias griegas llevó pronto a algunos investigadores a admitir que la ruina de los palacios micénicos se debía bien a los «pueblos del mar» bien a rebeliones internas. El caso es que sobre esta base Chadwick, en el trabajo antes mencionado y en algunos posteriores⁴⁴, ha negado la migración doria que se identificaba con el mítico «retorno de los Heraclidas» y ha propuesto que los dorios convivieron con los demás griegos dentro de Grecia desde el comienzo mismo de las migraciones griegas, entre 2200 y 1900 a. C. Según él, se trataría de una clase inferior sometida que, en un momento dado, conquistó el poder.

En realidad, la argumentación lingüística de Chadwick, basada en la existencia de «dorismos» del micénico, tales como *-ti* junto a *-oi* y como los rasgos del llamado por Risch «micénico especial», ha sido cumplidamente refutada por J. J. Moralejo⁴⁵ y por el mismo Risch⁴⁶. Otros estudios, como uno de A. Bartoněk⁴⁷, se limitan a establecer que la tesis no ha sido probada o bien

⁴⁴ Sobre todo, «Der Beitrag der Sprachwissenschaft zur Rekonstruktion der griechischen Frühgeschichte», *Anz. d. phil.-hist. Klasse d. Oesterreichischer Akademie d. Wiss. Wien* 113, 1976, 6, págs. 183-204.

⁴⁵ «Los dorios: su migración y su dialecto», *Emerita* 45, 1977, págs. 243-263, y «Problemas actuales...» cit.

⁴⁶ «Die griechischen Dialekte...», cit., págs. 101 y ss.

⁴⁷ «Převrat v starořecké Dialektologii», *Sborník Prací Filozofické Fakulty Brněnské Univerzity* 24, 1979, págs. 17-34.

apuntan a los desarrollos comunes entre el dorio y otros dialectos⁴⁸, lo que puede tener varias interpretaciones.

En definitiva: los elementos comunes del dorio y el micénico, como el arriba señalado, son bien arcaísmos bien elecciones, nunca innovaciones. Y no hay coincidencias entre el dorio y el llamado (y para mí más que dudoso) «micénico especial». Existen elementos coincidentes, también, entre el dorio y Homero, como precisamente el -τι arriba mencionado, τοι, el inf. en -μεν, etc.: son, otra vez, arcaísmos o elecciones comunes. Y existen arcaísmos en panfilio comunes al dorio que no son, sin embargo, dorismos.

En realidad, los elementos propiamente dorios y solamente dorios que conocemos son arcaísmos, no innovaciones (salvo algunas muy escasas que no penetraron en tesalio, como el gen. sg. μέος). Y lo mismo Moralejo que Risch han señalado la inverosimilitud de que el dorio y el griego oriental convivieran 800 años en Grecia sin influirse de un modo u otro. Y han hecho ver que la semejanza del jónico-ático y el arcadio-chipriota, separados por una cuña dórica, apunta al carácter reciente de esta cuña. Y lo mismo en el caso de la que separa al arcadio del chipriota, cuyos antepasados evidentemente partieron de la costa del Peloponeso. De otra parte, la idea de una sublevación de una capa sometida, los dorios, contra los micénicos dominantes carece de apoyo documental en absoluto y no tiene verosimilitud histórica.

Creo, después de esto, que hay algunos hechos que deben establecerse:

a) A un período en que había una continuidad entre dialectos paramicénicos del tipo del griego oriental, sucedió otra en que los herederos de estos dialectos estaban separados unos de otros por «cuñas» dóricas. Esto apunta a una llegada de los dorios en fecha posterior.

b) Pero, de otra parte, no hemos de imaginarnos un escenario dramático y romántico con los bárbaros dorios irrumpiendo desde los Balcanes y arruinando la cultura micénica. La Arqueología hace ver que del siglo XIII al XI hay un número descendiente de lugares habitados y no hay fundaciones nuevas⁴⁹. Es claro que los dorios se establecieron en antiguas ciudades micénicas como Micenas o Amiclas. No es tan claro que fueran ellos los destructores: los pueblos del mar y luchas intestinas de los micénicos siguen siendo hipótesis válidas.

c) Si comparamos, ahora, el dorio con el conjunto del griego oriental, resulta que el primero está, en realidad, muy próximo al protogriego: es el protogriego no afectado por las principales isoglosas del griego oriental, diríamos exagerando levemente. Pero ese griego oriental no había impuesto totalmente sus isoglosas, continuaba habiendo vacilaciones entre forma arcaica e innovada (-τι y -σι, τοι y οί) o entre otras formas dobles (μετά y πρὸς, ορ y αρ) o triples (εἰ, αἰ, ἦ, infinitivos en -σαι, -μεν, -μεναι). Algunas de estas formas se

⁴⁸ A. López Eire, «El retorno de los Heraclidas», *Zephyrus* 28-29, 1978, págs. 287-297.

⁴⁹ Cf. Carol G. Thomas, «The Celts: a model for the Dorian invasion?», *SMEA* 21, 1980, págs. 303-308.

reencuentran en dorio. Por otra parte, hay que notar dos cosas: que dentro del dorio había ciertas innovaciones dialectales que luego se hicieron características de los dialectos del N.O., pero a veces los rebasaban⁵⁰. Una segunda cosa: el beocio y el tesalio constituyen zonas «puente» entre el griego oriental y el occidental, sin que esté garantizado que esto dependa de un hecho secundario de superstrato o invasión.

Si a esto añadimos que algunas de las isoglosas a que antes hemos aludido, que unen al dorio y a una parte o a la totalidad del griego oriental —isoglosas innovadoras o de elección— pueden, en sí, ser anteriores al hundimiento de los reinos micénicos (su colocación en fecha posterior a éste se basaba tan sólo en la hipótesis de la invasión del s. XIII desde fuera de Grecia, ocho siglos posterior a las del griego oriental, se decía), podemos hacer la hipótesis siguiente, que es la que más o menos se va perfilando ya.

El griego llegó, efectivamente, desde el 2200 al 1900 a. C., sin duda en varias oleadas, pero como un conjunto de dialectos dotados de una esencial unidad. Es en Grecia, en los territorios que se extienden de Beocia a Creta y a Asia (donde después de la edad micénica la zona griega continuó ampliándose), donde surgieron las isoglosas del griego oriental y otras que fragmentaban éste en forma más o menos próxima a la que luego, cuando penetraron las cuñas dóricas, se acabó de conformar. De Beocia hacia el Oeste y el Norte, en la Tesaliótide, Dóride, Fócida, Lócride, Etolia y Acarnania, la lengua griega no se vio afectada por esas isoglosas orientales: es el dominio del dorio, que presentaba pequeñas diferencias internas tan sólo.

Ahora bien, desde pronto existieron relaciones, dentro de Grecia, entre el dorio y los otros dialectos, de donde a veces evoluciones comunes con una zona más o menos extensa: elección de $\alpha\rho$ (y no $\sigma\rho$) en dor. y jónico-ático, id. de la des. media $-\tau\alpha\iota$ (también en eolio), de la flexión verbal en $-\acute{\epsilon}\omega$, de $\acute{\alpha}\pi\acute{o}$ + gen., de $\acute{\epsilon}\nu\varsigma$, de las formas en $-\acute{\epsilon}\upsilon\varsigma$, de $\delta\delta\epsilon$, del tipo $\pi\acute{o}\lambda\iota\varsigma$; en algunos de estos casos, quedan a veces bolsas arcaicas o con otra elección bien en el territorio dorio, bien en el oriental. Como digo más arriba, se abre ahora un problema de cronología: esta comunidad de evolución puede ser según los casos de fecha micénica o posterior.

Pienso, entonces, que ha habido una invasión doria, que podemos seguir viendo reflejada en el retorno de los Heraclidas: pero una invasión dórica desde el Norte de Grecia, bajo el impulso de pueblos indoeuropeos exteriores a Grecia y, también, por la atracción del vacío de poder que en la Grecia del Sur se notaba. Pero era la invasión por parte de un pueblo cuya lengua no era más que un griego arcaico que, por otra parte, había compartido ya parcialmente el desarrollo del griego oriental. Y que, posiblemente, presentaba ya «puentes» respecto a éste. No sólo en el caso de los dialectos eolios occidentales, sino también sin duda en otros, lo que explicaría las coincidencias dorio-jónicas y las dorio-arcadio-chipriotas.

⁵⁰ Cf. A. López Eire, «El problema de los dialectos dóricos y noroccidentales» cit., etc.

Parece éste un panorama más verosímil que el tradicional y, también, que el que imagina unos dorios sumisos, diferentes lingüísticamente de sus señores micénicos, y sublevados contra ellos: nada lo atestigua. El griego se ha hecho fuera de Grecia, pero sus dialectos se han hecho, en lo esencial, dentro de Grecia (aunque, a veces, mediante la conservación o elección de rasgos de la mayor antigüedad). Y, por grandes que hayan sido las innovaciones a partir del año 1000, en buena medida la fragmentación dialectal posterior estaba ya haciéndose debajo del manto del micénico, que he propuesto en otro lugar que es la variedad de griego oriental traído por los escribas cretenses. Estaba haciéndose dentro de los dialectos paramicénicos, en el dorio y en las relaciones entre uno y otro sector.

Como he anunciado al comienzo, no me he limitado a dar una idea del «estado de la cuestión» de los dialectos griegos, sino que he querido dejar constancia de mi punto de vista, condicionado tanto por mis ideas anteriores como por las tomas de posición que necesariamente hay que adoptar ante la nueva bibliografía. Según digo, tanto en el terreno de las conclusiones como en el de los principios metodológicos, se ha avanzado mucho desde mediados de los años cincuenta, fecha del desciframiento del micénico y de los nuevos estudios de Porzig, Risch y Chadwick. Creo que debe avanzarse más aún, sobre todo en lo relativo a la lengua homérica.

Pero quedan cuestiones debatidas: y es sobre éstas sobre las que he tomado posición, defendiendo una vez más la idea de los dialectos paramicénicos como precedentes de los posteriores dialectos del griego oriental y añadiendo una nueva visión de las relaciones de los mismos con el dorio en la edad micénica y la posterior, más una también nueva interpretación de las relaciones entre el núcleo homérico antiguo y los dialectos griegos del primer milenio.

Naturalmente, una historia de la evolución de los dialectos griegos deberá comportar, cuando finalmente se haga, más precisiones que las adelantadas por mí en este estudio. Y necesitará añadir detalles sobre la fragmentación de los dialectos a partir del final de la edad micénica y, sobre todo, del año 1000.

Para tratar aquí este último tema ni me queda espacio ni pienso que ello sea particularmente urgente. En realidad, sobre la cronología de la evolución dialectal a partir de dicha fecha se ha escrito mucho últimamente y se ha avanzado en forma considerable. En el mismo último artículo de Bartoněk⁵¹ se apuntan resultados interesantes sobre la fragmentación del jonio y el ático y de los dialectos dorios; en artículos citados de López Firc hay cosas notables para lo que concierne al griego del N.O. y al panfilio; en artículos de este autor y de J. J. Moralejo, entre otros, hay avances metodológicos importantes. Este es el camino que hay que seguir; también, muy notablemente, en lo concerniente a los dialectos eolios, víctimas de ciertos prejuicios. Y, como he señalado, a las últimas fases de la evolución de la lengua épica, ya dentro del primer milenio.

Francisco R. Adrados. Universidad Complutense Madrid

⁵¹ «Greek Dialects between 1000 and 300 B. C.», cit.



OTRAS PUBLICACIONES DEL I.C.E.U.M.

Serie de ORIENTACIONES METODOLÓGICAS:

- 0001 *Textos griegos sobre la democracia*, introd., notas y vocabulario, ed. Juan Zaragoza, 44 págs., 100 ptas.
- 0002 *Temas y textos de Filosofía C.O.U.*, Edades antigua y media, por el Seminario Permanente de COU del I.C.E.U.M., 88 págs., 150 ptas.
- 0003 *Ensayos y experiencias de inglés en la E.G.B.*, ed. José Siles Artés, 36 págs., 100 ptas.
- 0004 *Griego*, ed. F. R. Adrados, 42 págs., 100 ptas.
- 0005 *Programación para la Geología del C.O.U.*, ed. Francisco Anguita, 40 págs., 100 ptas.
- 0006 *Platón, Protágoras (antología)*, introd., notas y vocabulario a pie de texto, ed. Antonio Guzmán Guerra, 64 págs., 125 ptas.
- 0007 *Perfeccionamiento de profesores de inglés en la E.G.B.*, ed. Samuel Gento, 24 págs., 100 ptas.
- 0008 *Temas y textos de filosofía C.O.U.*, Edad moderna, por el Seminario Permanente de C.O.U. del I.C.E.U.M., 90 págs., 150 ptas.
- 0009 *Temas y textos de filosofía C.O.U.*, Edad contemporánea, por el Seminario Permanente de C.O.U. del I.C.E.U.M., 90 págs., 200 ptas.
- 0010 *Actualización científica en Paleografía griega*, por Antonio Bravo. 150 ptas.
- 0011 *Actualización científica en Codicología griega*, por Antonio Bravo. 100 ptas.
- 0012 *Actualización científica en Epigrafía griega*, por Concepción Serrano Aybar. 100 ptas.
- 0013 *Actualización científica en Papirología griega*, por Manuel Fernández-Galiano. 125 ptas.
- 0014 *Actualización científica en crítica textual griega*, por José S. Lasso de la Vega. 100 ptas.
- 0015 *Actualización científica en traducciones de textos griegos*, por Juan Zaragoza. 125 ptas.
- 0016 *Actualización científica en ediciones de textos griegos*, por Aníbal González Pérez. 125 ptas.
- 0017 *Actualización científica en lingüística indoeuropea*, por Julia Mendoza Tuñón. 100 ptas.
- 0018 *Actualización científica en dialectología griega*, por Francisco R. Adrados. 100 ptas.
- 0019 *Actualización científica en Micénico*, por José Luis García Ramón. 150 ptas.
- 0020 *Actualización científica en fonética griega*, por Alberto Bernabé. 100 ptas.
- 0021 *Actualización científica en Morfología griega*, por Luis M. Macía Aparicio. 125 ptas.
- 0022 *Actualización científica en sintaxis griega*, por Emilio Crespo. 150 ptas.
- 0023 *Actualización científica en semántica del griego*, por Marcos Martínez Hernández. 150 ptas.
- 0024 *Actualización científica en lexicografía griega*, por Javier López Facal. 100 ptas.
- 0025 *Actualización científica en análisis literario de obras griegas*, por José M. Lucas de Dios. 100 ptas.
- 0026 *Actualización científica en métrica griega*, por Antonio Guzmán. 100 ptas.

- 0027 *Actualización científica en historia de la lengua griega*, por Ignacio R. Alfageme. 100 ptas.
- 0028 *Actualización científica en arqueología griega*, por Miguel Angel Elvira. 100 ptas.
- 0029 *Actualización científica en historia de Grecia*, por Domingo Plácido. 100 ptas.
- 0030 *Actualización científica en literatura griega arcaica*, por Elvira Gangutia. 100 ptas.
- 0031 *Actualización científica en literatura griega clásica*, por Juan A. López Ferez. 100 ptas.
- 0032 *Actualización científica en literatura helenística*, por Emilio Fernández-Galiano Ardanaz. 100 ptas.
- 0033 *Actualización científica en literatura griega imperial*, por José García Blanco. 125 ptas.
- 0034 *Actualización científica en literatura cristiana primitiva*, por Antonio Piñero Sáenz. 100 ptas.
- 0035 *Actualización científica en literatura bizantina*, por Luis Alberto de Cuenca y Goyita Núñez. 100 ptas.
- 0036 *Actualización científica en literatura griega moderna*, por Pedro Badenas. 125 ptas.
- 0037 *Actualización científica en mitología griega*, por Carlos García Gual. 100 ptas.
- 0038 *Actualización científica en filosofía griega*, por Emilio Lledo. 100 ptas.
- 0039 *Actualización científica en filología y humanismo*, por Luis Gil. 100 ptas.

Los pedidos deben dirigirse a:

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S.A.
 Plaza, 5
 Madrid-33

o bien a:

LIBRERIA UNIVERSITAS
 Facultad de Filología (Edificio A), Ciudad Universitaria. Madrid-3